

The logo for the publisher 'bam bú' is located in the top left corner. It consists of the word 'bam' in a smaller font above the word 'bú' in a larger, bold font, both enclosed within a white circular border.

bam
bú

The book cover features a central illustration of a large, gnarled tree with a thick trunk and a dense, dark blue canopy. The tree is set against a golden-yellow background that depicts a city skyline with domes and minarets. The entire scene is framed by a decorative, arched border with intricate geometric patterns in shades of blue and yellow. The title 'MIENTRAS CREZCAN LOS LIMONEROS' is written in large, bold, golden-yellow capital letters across the middle of the tree's canopy.

MIENTRAS
CREZCAN LOS
LIMONEROS

ZOULFA KATOUH

TRADUCCIÓN DE ROSER VILAGRASSA

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

Título original: *As long as the lemon tree grows*

© 2022, Zoulfa Katouh, por el texto
© 2022, Roser Vilagrassa, por la traducción
© 2022, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
editorialbambu.com
bambulector.com

Ilustración de la cubierta:
Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2022
ISBN: 978-84-8343-805-3
Depósito legal: B 11169-2022
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

El papel utilizado para la impresión
de este libro procede de bosques
gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autoriza-
ción de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si
necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de
esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 /
93 272 04 45).

Tres limones arrugados y, al lado, una bolsa de plástico con pan de pita más seco que mohoso.

Es todo lo que ofrece este supermercado.

Me quedo mirando los víveres con ojos cansados antes de cogerlos. Me duelen los huesos con cada movimiento que hago. Doy otra vuelta por los pasillos con la esperanza de haber pasado por alto algún alimento. Pero solo encuentro una intensa nostalgia. El recuerdo de los días en los que corría al supermercado con mi hermano al salir de la escuela y cargábamos con bolsas de patatitas y ositos de gominola. Entonces pienso en Mama y en su forma de mirarnos, moviendo la cabeza, conteniendo una sonrisa al ver a su hijo y a su hija sonrojados, ingenuos, intentando camuflar el botín en sus mochilas. Después nos solía cepillar el pelo...

Sacudo la cabeza.

Para.

Cuando compruebo que los pasillos del supermercado están realmente vacíos, me dirijo al mostrador, agotada, para pagar los

limones y el pan con los ahorros de Baba. O cuanto pudo retirar antes del fatídico día. El propietario, un anciano calvo de unos sesenta años, me sonrío con lástima antes de darme el cambio.

Fuera del supermercado me espera un panorama desolador. Aunque no me amilano, porque estoy acostumbrada al horror, agrava mi angustia.

La carretera agrietada, el asfalto reducido a escombros. Edificios grises y huecos que se deterioran a medida que los elementos erosionan la destrucción que iniciaron las bombas de las fuerzas armadas.

Poco a poco el sol disipa lo que queda de invierno, pero aún hace frío. La primavera, símbolo del renacer de la vida, no llega a Siria. Y menos a mi ciudad, Homs. La miseria reina entre las grandes ramas secas y los escombros, y la población la soporta únicamente por la esperanza que alberga en su corazón.

El sol está raso en el horizonte, a punto de retirarse, y los colores pasan lentamente del naranja a un azul profundo.

–Margaritas. Margaritas. Margaritas. Dulce olor a margaritas –susurro.

Fuera del supermercado hay varios hombres de pie, con rostros demacrados, afectados por la malnutrición, pero sus ojos brillan con luz propia. Al pasar por delante, oigo partes de la conversación, pero no me quedo. Sé de qué están hablando. De lo que todo el mundo habla desde hace nueve meses.

Acelero el paso, no quiero oírlos. Sé que el asedio militar al que nos han sometido es una sentencia de muerte. Que los alimentos son cada vez más escasos y que estamos muriendo de hambre. Sé que cualquier día de estos, los medicamentos pasarán a ser un mito en el hospital. Lo sé porque hoy he operado a varios pacientes sin anestesia: la gente se está muriendo de he-

morragias e infecciones y no tengo manera de ayudarlos. Y sé que todos sucumbiremos a un destino peor que la muerte si el Ejército Libre de Siria no es capaz de frenar los avances militares en la antigua Homs.

De camino a casa, la brisa es más fría, de modo que me ajusto el hiyab alrededor del cuello. Soy muy consciente de las manchas de sangre seca que se me han colado por las mangas de la bata. Por cada vida que no consigo salvar en mi turno, una gota de sangre es una parte más de mí. Por mucho que me lave las manos, la sangre de nuestros mártires penetra en la piel, en las células. A estas alturas ya debe de estar codificada en mi ADN.

Y hoy, el vaivén de la sierra que el doctor Ziad ha usado para la amputación que he presenciado como suplente, me ha quedado grabado en la mente, y resuena en bucle.

He crecido y cultivado mis sueños en Homs a lo largo de mis diecisiete años: licenciarme con una nota media alta, obtener un puesto excelente en el Hospital Zaytouna como farmacóloga y poder viajar, por fin, fuera de Siria, conocer el mundo.

Sin embargo, solo uno de esos sueños se ha hecho realidad. Y no de la forma que yo esperaba.

Hace un año, después de que la Primavera Árabe se extendiera por toda la región, Siria aprovechó la esperanza que aquella despertó en las masas para exigir libertad. La dictadura respondió desatando un infierno.

Los médicos se convirtieron en blanco de las fuerzas militares hasta que empezaron a escasear más que la risa. E incluso cuando acabaron con todos, siguieron cayendo bombas. El Hospital Zaytouna estaba en las últimas y necesitaba toda la ayuda posible. Se llegó incluso a ascender al personal de seguridad al cargo de enfermeros. Yo había estudiado un año en la Facultad

de Farmacia, de modo que era lo más parecido a un médico experimentado. Y cuando el último farmacéutico quedó sepultado bajo los escombros de su casa se agotaron las opciones.

Daba igual que yo tuviera dieciocho años. Daba igual que mi experiencia médica se limitara a los libros de texto. Y se solventó el día que me pusieron delante al primer cuerpo que suturar. La muerte es una excelente maestra.

A lo largo de los últimos seis meses he participado en más operaciones de las que podría contar, y he cerrado más ojos de lo que jamás pensé que podría cerrar.

Mi vida *no debería* ser así.

El camino de vuelta a casa me recuerda a las fotografías en blanco y negro que aparecían en mis libros de historia de Alemania y Londres después de la Segunda Guerra Mundial. Casas arrasadas, con el interior de madera y cemento desparramado como intestinos perforados. Y el olor de los árboles quemados hasta ser solo ceniza.

El frío punzante traspasa mi desgastada bata de laboratorio, y la aspereza del tejido me da escalofríos.

–Matricarias –murmuro–. Parecen margaritas. Se utilizan para tratar la fiebre y la artritis. Matricarias. Matricarias. Matricarias.

Cuando por fin diviso mi casa, siento que mi pecho se expande. No es la misma en la que solía vivir con mi familia; es la que Layla me ofreció cuando una bomba cayó sobre la mía. Sin ella, estaría en la calle.

La casa de Layla –o, en fin, nuestra casa– es una vivienda de una planta, adosada a otras iguales. Todas tienen las paredes decoradas con agujeros de bala, como una composición artística macabra. En todas reina el silencio, la tristeza y la soledad.

Nuestro barrio es el último que todavía tiene casas casi intactas. En otros, la gente duerme bajo techos destrozados o en la calle.

La cerradura está oxidada, y chirría cuando giro la llave y anuncio:

–¡Ya he llegado!

–Estoy aquí –exclama Layla a su vez.

Llegamos al mundo juntas, en un hospital donde nuestras madres compartían habitación. Es mi mejor amiga, mi pilar y, también, mi cuñada, porque se enamoró de mi hermano Hamza.

Y ahora, con todo lo que ha ocurrido, es también mi responsabilidad y la única familia que me queda en el mundo.

La primera vez que Layla vio esta casa se enamoró al momento por su estética pintoresca, así que Hamza se la compró en ese mismo instante. Dos habitaciones era lo ideal para una pareja de recién casados. Layla pintó una pared con ramas de vid verdes del suelo al techo, grabó flores de lavanda azuladas en otra, y cubrió el suelo con gruesas alfombras árabes que le ayudé a comprar en el zoco Al-Hamidiya. Pintó la cocina de blanco para que contrastara con las estanterías de madera de nogal, que llenaba con toda clase de tazas que ella misma diseñaba. La cocina da al salón, que solía estar abarrotado con su material artístico hasta el último rincón. Por todo el suelo había papeles con borradores de colores que pintaba con los dedos, y restos de gotas de pintura de los pinceles. Muchas veces me dejaba caer por su casa y me la encontraba despatarrada a los pies del caballete, con su melena castaña esparcida en el suelo como un abanico, contemplando el techo, murmurando la letra de una antigua canción árabe.

La casa encarnaba el alma de Layla.

Pero ya no. La casa de Layla ha perdido la vida que desprendía, los colores se han desvanecido del todo, en su lugar solo

queda un triste tono gris. Ahora no es más que el vestigio de un hogar.

De camino a la cocina, me encuentro a Layla tumbada boca-riba sobre el sofá estampado de flores del salón. Dejo la bolsa de pan de pita sobre la encimera. En cuanto la veo, mi cansancio se desvanece.

–Voy a calentar la sopa. ¿Quieres un poco?

–No, gracias –responde.

En su voz –no como en la mía– se percibe el vigor de una promesa de vida, que me envuelve como una cálida frazada de agradables recuerdos.

–¿Cómo ha ido lo del barco? –me pregunta.

Mierda. Hago como que estoy ocupada vertiendo en el cazo la aguada crema de lentejas y luego iniciando la aguja de ignición de la cocina de gas portátil.

–¿Seguro que no quieres un poco?

Layla se incorpora, su barriga de siete meses abulta bajo el vestido azul marino que lleva.

–Cuéntame cómo ha ido, Salama.

Sin apartar la vista de la crema parduzca, me concentro en el siseo de las llamas. Desde que me instalé en su casa, no ha dejado de insistir en que hable con Am, que ronda por el hospital. Ha oído que algunos sirios han encontrado refugio en Alemania. Yo también lo he oído. Porque algunos de mis pacientes han conseguido cruzar el Mediterráneo de forma segura con la mediación de Am. De dónde saca los barcos, no tengo ni idea. Pero con dinero, todo es posible.

–*Salama.*

Suspiro y hundo el dedo en la crema para comprobar que está tibia. Pero mi pobre estómago gruñe, no le importa si no

está del todo caliente, así que retiro el cazo del fuego y me siento a su lado en el sofá.

Layla me mira con paciencia, con las cejas levantadas. Tiene unos ojos azules como el mar, increíblemente grandes, que casi ocupan todo su rostro. Siempre he pensado que es como la encarnación del otoño: su pelo castaño de tonos rojos y dorados, su tez pálida, salpicada de pecas. Incluso ahora, a pesar del sufrimiento, parece una criatura mágica. Pero no paso por alto que sus codos sobresalen de una forma extraña, y que sus mejillas regordetas ahora están hundidas.

–No se lo he preguntado –digo al fin, y me meto una cucharada de crema en la boca, preparándome para oírla protestar.

–¿Y por qué no? Si tenemos algo de dinero...

–Sí, dinero que necesitaremos para sobrevivir cuando lleguemos allí. No sabemos cuánto nos va a pedir. Además, las historias que...

Layla niega con la cabeza y unos mechones de pelo le acarician la mejilla.

–Vale, sí –reconoce–. Hay mucha gente que no... llega a tierra, pero ¡la mayoría sí! Salama, *tenemos* que tomar una decisión. ¡Tenemos que irnos! Y antes de empezar a dar el pecho. –No ha terminado, le cuesta respirar–. ¡Y *ni se te ocurra* sugerirme que vaya sin ti! O subimos a un barco juntas, o no sube ninguna. No pienso estar vete a saber dónde, asustada y sola, sin saber si estás viva o muerta. ¡*De ninguna manera!* Y no podemos ir andando a Turquía, tú misma lo has dicho. –Se señala la barriga–. Por no hablar de los guardias en los controles de fronteras y los francotiradores que están por todas partes, como las hormigas: nos dispararían en cuanto saliéramos de la zona del Ejército Libre de Siria. Tenemos *una* posibilidad. ¿Cuántas veces tengo que repetirlo?

Toso. La crema se desliza garganta abajo y se desploma como una piedra en mi estómago. Tiene toda la razón. Está en el tercer trimestre; ni ella, ni yo podemos andar seiscientos cincuenta kilómetros sin correr riesgos, esquivando la muerte en el trayecto cada dos por tres.

Dejo el cazo sobre la mesa de centro de madera de pino y me miro las manos. Las cicatrices de cortes cruzados que las cubren son marcas que dejó la muerte cuando intentó arrebatarme la vida. Algunas son tenues, plateadas, mientras que otras son más profundas, y la carne renovada aún parece reciente pese a estar recuperada. Son un recordatorio de que hay que trabajar más deprisa, superar los límites del agotamiento y salvar otra vida más.

Me dispongo a estirar las mangas para taparme las manos, pero Layla me cubre una con la suya delicadamente. Levanto la cabeza y la miro.

–Sé por qué no se lo preguntas, y no es por el dinero –me dice.

Mi mano se crispa bajo la suya.

La voz de Hamza susurra en mi cabeza con desasosiego. «Prométemelo, Salama. Prométemelo.»

Agito la cabeza para acallar su voz, y respiro hondo.

–Layla, soy la única farmacéutica que queda en tres barrios. Si me voy, ¿quién los va a ayudar? Son niños desconsolados. Víctimas de francotiradores. Hombres heridos.

Se agarra al vestido con fuerza.

–Ya lo sé. Pero *no pienso* renunciar a ti.

Abro la boca para decir algo, pero me contengo cuando Layla hace una mueca de dolor y cierra los ojos con fuerza.

–¿Te está dando patadas? –le preguntó enseguida, acercándose a ella.

Aunque intente disimular mi preocupación, no lo consigo. Con el cerco a la ciudad, las vitaminas prenatales escasean, y se hacen muy pocas revisiones médicas.

–Sí, alguna que otra –reconoce.

–¿Te duele?

–No. Es solo incómodo.

–¿Puedo hacer algo?

–Estoy bien –me dice, negando con la cabeza.

–Sí, claro... Detecto a la legua que me estás mintiendo. Date la vuelta –le digo, y se ríe antes de ponerse de espaldas a mí.

Masajeo las contracturas que le detecto en los hombros, hasta aliviar la tensión. Casi no queda grasa bajo la piel, y cada vez que deslizo los dedos del acromion a la escápula, me da un escalofrío. Esto..., esto es una injusticia. Layla *no debería* estar aquí.

–Ya puedes parar –me dice a los pocos minutos, y me mira con una sonrisa complacida–. Gracias.

Intento devolvérsela.

–Dáselas a la farmacóloga que llevo dentro. La necesidad de curarte reside en mis huesos.

–Ya lo sé.

Me inclino para tocarle la barriga, y noto una patadita del bebé.

–Te quiero, cariño, pero tienes que dejar de hacerle daño a tu mamá. Necesita dormir –susurro con dulzura.

Layla sonrío más aún y me da una palmadita en la mejilla.

–No te conviene ser tan adorable, Salama. Un día de estos, alguien te echará el guante y no volveré a verte.

–¿Casarme yo? ¿Y con la situación económica actual? –resoplo, pensando en la última vez que Mama me dijo que una tía vendría con su hijo a tomar café.

Lo gracioso es que nunca llegaron a venir, porque justo ese día fue cuando se produjo el levantamiento. Pero recuerdo que la idea de la visita me entusiasmaba. La idea de que podía enamorarme. Ahora, al mirar atrás, me veo como otra chica con mi mismo rostro y mi voz.

Layla frunce el ceño y dice:

–Podría pasar. No seas tan pesimista.

Me río de su gesto ofendido.

–Sí, claro.

Esa parte de Layla no ha cambiado. Aquella vez, cuando la llamé para contarle lo de la visita, se presentó en mi casa al cuarto de hora, con una bolsa enorme de ropa y maquillaje, chillando como una loca.

–¡Esto es lo que te vas a poner! –anunció, tirando de mí para ir a mi habitación, donde desplegó su caftán azul celeste.

Era de un tejido rico y, al ponérmelo, se deslizó con suavidad sobre mis brazos. El dobladillo estaba bordado en oro, igual que el cinturón, y la tela caía a los lados desde la cintura como una cascada. El color me recordaba al mar que forma la lluvia en El viaje de Chihiro. Es decir, un azul mágico.

–Combínalo con un lápiz de ojos azul y ese chico te suplicará que volváis a quedar –dijo, guiñándome un ojo con una risita–. ¡Estás guapísima con lápiz de ojos azul!

–Ya, ya lo sé –reconocí, moviendo las cejas–. Las ventajas de ser morena.

–¡Yo, en cambio, parezco un cadáver amoratado! –exclamó, enjugándose unas lágrimas imaginarias con la mano donde relucía su anillo de matrimonio.

–No seas tan dramática, Layla –respondí entre risas.

Su sonrisa se volvió perversa; sus ojos se iluminaron.

–Tienes razón. A Hamza le gusto. Y muchísimo.

Me tapé los oídos con las manos.

–¡Ay, no, qué asco! No me hace falta oír nada de eso.

Me tiró de los brazos para incomodarme aún más, pero al ver mi gesto de bochorno, el ataque de risa le impidió encadenar dos palabras con sentido.

Oigo suspirar a Layla y salgo de mi ensueño.

–La vida es mucho más que simplemente sobrevivir, Salama.

–Ya lo sé –respondo.

Se nos han quitado las ganas de bromear. Me mira a los ojos, seria.

–¿De verdad que lo sabes? Porque veo cómo actúas. Te dedicas en cuerpo y alma al hospital, al trabajo y a mí. Pero *en realidad* no estás viviendo. No te planteas el porqué de esta revolución. Parece que no *quieras* ni pensarlo. –Guarda silencio un momento, mirándome detenidamente, y noto que se me seca la boca–. Es como si te diera igual, Salama. Pero sé que no eres así. Tú sabes que esta revolución se está haciendo para poder recuperar nuestras vidas. Que no es una cuestión de supervivencia, sino de lucha. Si no eres capaz de luchar aquí, no serás capaz de hacerlo en ninguna parte. Ni siquiera si cambiaras de opinión y consiguiéramos llegar a Alemania.

Me pongo de pie y señalo la pintura desangelada, desconchada, de la pared. La nada.

–¿Luchar *contra qué*? Tendremos suerte si lo peor que nos pasa aquí es morirnos, y tú lo sabes. Si no nos detienen los militares, nos matará una bomba. No hay nada por lo que luchar, porque *no podemos* luchar. ¡Nadie nos está ayudando! Soy voluntaria en el hospital porque *no soporto* ver cómo se muere la gente. Y *no hay más*.

Layla me mira sin enfadarse. Solo siente compasión.

–Mientras estemos aquí, tenemos que luchar, Salama, porque es nuestro país. Es la tierra de tu padre, y la de su padre. Tu historia está arraigada en su suelo. Ningún país del mundo te querrá como te quiere este.

Las lágrimas me escuecen en los ojos. Sus palabras son una réplica de lo que leíamos en los libros de historia en la escuela. Llevamos el amor por Siria en la sangre. Está en nuestro himno nacional, que cantábamos todas las mañanas desde el primer día de clase. Entonces solo eran palabras. Pero ahora, después de todo lo que ha ocurrido, se han hecho realidad.

*Nuestro espíritu es desafiante, nuestra historia, gloriosa,
y las almas de nuestros mártires, formidables guardianas.*

Evito la mirada de Layla. No quiero que me haga sentir culpable. Ya he sentido suficiente culpa.

–He perdido demasiado en esta guerra –le digo con amargura.

–No es una guerra, Salama. Es una revolución. –Su voz es firme.

–Que sea lo que quiera.

Dicho esto, vuelvo a mi habitación y cierro la puerta para poder respirar. Lo único que me importa ahora, lo único que me queda en el mundo, son Layla y el hospital. No soy un monstruo. Hay personas que sufren, y yo las *puedo* ayudar. Por eso quise ser farmacéutica. Pero me niego a reflexionar sobre *el motivo* por el que acaban en el hospital. Sobre por qué está pasando esto. Porque *ese motivo* se llevó a Mama. Todavía recuerdo sus dedos fríos contra los míos. Y ese mismo motivo se llevó a Baba y a Hamza Dios sabe adónde. No quiero vivir en el pasado. No quiero llorar pensando en que voy a acabar mi adolescencia con

la esperanza agotada y los sueños plagados de pesadillas. Quiero sobrevivir.

Quiero a mi familia conmigo. Solo quiero recuperar a mi familia.

Aunque eso que dice Layla sea la verdad.

Me pongo el último pijama que me queda: un jersey negro de algodón y unos pantalones. Es razonablemente digno si alguna vez tengo que huir de noche. En el baño, paso por alto mi vana reflexión, me seco el pelo; es castaño y lo llevo por debajo de los hombros. Abro el grifo por costumbre. Nada. No hemos tenido agua ni electricidad en el barrio desde hace semanas. Solíamos tener suministros de manera irregular, pero desde el asedio se han interrumpido del todo. Por suerte, la semana pasada llovió, así que Layla y yo sacamos cubos para recoger agua. Cojo un poco entre las manos para las abluciones y los rezos.

Los débiles rayos de sol que alcanzaban las tablas de madera arañada del suelo de mi habitación ya han desaparecido, y el oscuro manto de la noche cae sobre Homs. Mis dientes se echan a castañear con la idea de lo que pueda suceder. Aprieto los labios y trago saliva con fuerza. Todo el control que emana durante el día flaquea en cuanto se pone el sol.

Me siento en la cama, cierro los ojos y respiro hondo varias veces. Necesito serenarme. Debo concentrarme en algo que no sea el miedo y el dolor arraigados en mi alma.

–Flor de miel. Dulce como su nombre –murmuro, rezando para no perder los nervios–. Pétalos blancos. Se utiliza para aliviar el dolor. También para tratar resfriados, dolores abdominales y la tos. Es dulce. *Dulce*.

Funciona. Mis pulmones empiezan a distribuir el oxígeno con normalidad por toda la sangre, abro los ojos y contemplo

el espesor de nubes grises a través de la ventana. El cristal está resquebrajado a los lados de la vez que estalló una bomba cerca de aquí, y el marco está astillado. Cuando me instalé en casa de Layla, tuve que limpiar manchas de sangre del cristal.

A pesar de que las ventanas están bien cerradas, la habitación está fría, y tiemblo, porque sé qué está a punto de pasar. El horror que presencio a diario no se limita al hospital. Mi terror ha mutado en mi cabeza, tiene una voz y vida propias que me visitan todas las noches.

–¿Cuánto tiempo vas a estar ahí sentada sin hablarme?

–La voz cavernosa procedente del alféizar me pone los pelos de punta.

Su voz me produce la misma sensación que el agua helada que uso para lavarme al volver a casa empapada en la sangre de los mártires. Como piedras pesadas sobre el pecho, que me hunden a lo más profundo de la tierra. Es pesada como un día húmedo, y ensordecedora como las bombas que las fuerzas armadas nos lanzan. Está en el material sobre el que se levantó el hospital, y en los sonidos que hacemos sin pronunciar palabra.

Me vuelvo hacia él poco a poco.

–¿Qué quieres ahora?

Khawf me mira. Lleva un traje impecable y limpio. Aunque las manchas rojas de los hombros me desasosiegan. Siempre han estado ahí, desde que nos conocimos, pero no me acabo de acostumbrar a verlas. Tampoco me gusta mirarle a sus ojos de color azul glacial. Su pelo negro como la noche hace que no parezca humano, aunque supongo que esa es precisamente su intención. Es lo más parecido que puede a un humano.

–Ya sabes lo que quiero –dice con una voz vibrante, y siento un escalofrío.

En julio del año pasado lo perdí todo.

Todo, en cuestión de una semana.

En aquel momento estaba convaleciente en una cama de hospital, los cortes del rostro me escocían cuando lloraba en silencio, el muslo derecho me dolía de la caída, y las magulladas costillas protestaban cada vez que respiraba. Tenía las manos envueltas con tantas capas de venda que parecía que llevara mitones. La metralla había cavado agujeros en mis manos; la sangre fluía a borbotones. Pero todo eso era llevadero.

La única lesión grave que sufrí fue detrás de la cabeza. La violencia de la explosión me expulsó de espaldas, y me golpeé la base del cráneo contra el cemento. Me dejó una marca para toda la vida. El doctor Ziad me suturó la herida. Fue el día que lo conocí. Me dijo que podía sentirme afortunada de haber salido de allí con una sola cicatriz. Creo que trataba de consolarme por el hecho de que Mama hubiese corrido peor suerte, ya que la bomba la había arrancado de mi lado y nunca volvería a abrazarla.

Aquel mismo día, algo más tarde, cuando Khawf apareció y me dijo su nombre, me costó entender que solo yo lo veía. Al principio creía que los medicamentos me provocaban visiones, que desaparecería cuando dejaran de administrarme morfina. Pero se quedó conmigo, susurrándome cosas horribles, mientras yo lloraba por Mama. Pero cuando el dolor remitió, las costillas sanaron y las heridas de las manos cicatrizaron, tampoco se desvaneció. Tan pronto asumí la visión como una certeza, me invadió el pánico.

Aquella alucinación estaba allí para quedarse. Una alucinación que ha ido sonsacando mis miedos, dándoles vida, a lo largo de los últimos siete meses.

No hay otra explicación. Reducir a Khawf a un hecho científico es el único modo que tengo de hacerle frente.

–Quiero ofrecerte cualquier cosa que te haga sentir mejor –me dice con una sonrisa perversa.

Me froto con los dedos la cicatriz de la cabeza y noto su rugosidad callosa.

–Margaritas –susurro–. Margaritas, margaritas.

Khawf se aparta el pelo de los ojos y, del bolsillo de la camisa, saca una cajetilla de tabaco. El paquete es rojo, siempre del mismo tono que las manchas de los hombros. Coge un cigarrillo y lo sostiene entre los labios antes de encenderlo. El nudo se enciende, consume el papel que lo rodea, y Khawf da una larga calada.

–Quiero saber por qué no has hablado con Am –me dice–. ¿No prometiste ayer que lo harías? ¿Como me lo prometes todas las noches? –Tiene la voz grave, y no hay duda de la amenaza que envenena cada palabra.

Así empezó: un comentario insidioso aquí y allá, inducién-

dome a pensar en salir de Siria, hasta que un día decidió que debía pedirle un barco a Am. Y, desde entonces, no hay día que no me lo exija. A veces me pregunto cómo es posible que mi mente haya conjurado a alguien así.

Una gota de sudor frío se desliza por mi cuello.

–Sí –consigo contestar.

Da un golpecito al cigarro, y la ceniza cae para desaparecer justo antes de tocar el suelo.

–¿Qué ha pasado?

Una niña de cinco años y pelo castaño rizado ha muerto de un disparo al corazón de un francotirador mientras yo salvaba a su hermano de sepsis. Aquí *me necesitan*.

–Que..., que no he podido.

Entorna los ojos.

–Que no has podido –repite con sequedad–. Es decir, que quieres acabar aplastada bajo esta casa. Viva, con los huesos rotos, desangrándote. Sin que nadie venga a ayudarte, porque ¿cómo iban a hacerlo? Unos músculos atrofiados por la malnutrición como los tuyos apenas si pueden levantar un cuerpo, y mucho menos cemento. O a lo mejor es que quieres que te arres-ten. Y que te lleven donde tienen a tu Baba y a Hamza encarcelados. Y que te violen para obtener respuestas que no tienes. Que los militares te den muerte como recompensa y no como castigo. ¿Eso es lo que quieres, Salama?

Todos mis huesos tiritan.

–No.

Lanza una última bocanada de humo antes de restregar la colilla contra la suela de su zapato Oxford. Luego cruza el umbral y se queda de pie delante de mí. Alzo la vista para mirarlo. Tiene unos ojos fríos como el río Orontes en diciembre.

–Entonces, decir que *no has podido* no sirve –añade–. Me prometiste que hoy preguntaría a Am por el barco. Lo has visto pasar tres veces y *no se lo has dicho*. –Sus labios se vuelven una línea fina, aprieta fuerte la mandíbula–. ¿O quieres que me retracte del trato que hicimos?

–¡No! –grito–. ¡No!

Con solo chasquear los dedos, Khawf podría alterar del todo mi realidad, y desatar una serie de alucinaciones seguidas, y todo el mundo vería que la fachada que he construido son frágiles ramitas contra un vendaval. El doctor Ziad no me dejaría seguir trabajando en el hospital. Me consideraría un peligro para los pacientes. Y necesito el hospital. Me hace falta para olvidar el dolor. Mantener las manos ocupadas para que mi cabeza no estalle en alaridos hasta perder la voz. *Salvar vidas*.

O peor, trasladaría más preocupación y ansiedad a Layla, y eso afectaría a su salud y a la del niño. *No*. Aguantaré lo que haga falta por ella. Lloraré a mares y entregaré mi alma a Khawf, si así, sabiendo que estoy bien, puedo mantener a salvo a Layla.

Así que me ha prometido no aparecer durante el día y limitar a la noche los horrores que me revela. Lejos de las miradas de todos.

Levanta sutilmente los labios con una sonrisa desagradable.

–Es tu última oportunidad, Salama, y te juro que si no se lo pides mañana, acabaré con tu mundo.

Entre el pulso del miedo asoma la rabia. Puede que mi subconsciente me tenga atada de pies y manos, pero es *mi* subconsciente.

–No es tan fácil, Khawf –le suelto entre dientes, tratando de borrar de mi cabeza la mirada de aquel niño con el cuerpecillo de su hermana en brazos. Tan *pequeño*–. Am tal vez no tenga un

barco. Y aunque lo tuviera, sería tan caro que no lo podríamos pagar. Y entonces, la *única* manera de salir sería andando hasta Turquía. Seríamos un blanco perfecto para los militares. ¡Y eso *si* Layla lograra sobrevivir al trayecto a pie!

Levanta las cejas como si lo que he dicho le hiciera gracia.

–¿Por qué prefieres romper la promesa que le hiciste a Hamza de sacar a Layla del país? Los sentimientos encontrados que tienes sobre el hospital te descolocan. La cuestión es que hiciste unas promesas, y ahora te estás echando atrás. Toda esta cháchara no son más que excusas para ahuyentar la culpa. ¿Qué precio estarías dispuesta a pagar por mantener a salvo a Layla?

Aparto la mirada y me meto las manos en los bolsillos a la vez que me hundo en el colchón.

–Si tienes presente esa promesa –dice, irguiéndose con una sonrisa de satisfacción–, reforzarás tu decisión.

Y antes de que yo pueda gritar, chasquea los dedos.

Me llega el denso aroma a menta y canela de un guiso de yogur y carne, y la nostalgia me invade. Dudo antes de abrir los ojos. Y al instante, ya no estoy en un cuarto con olor a humedad, sino en mi casa. En *mi* casa.

La cocina es exactamente como la recuerdo. En las paredes de mármol, de color beige y marrón de cedro, hay cuadros con caligrafía árabe y dibujos de limones dorados. Bajo la encimera hay un estante muy bien ordenado con ollas y cacerolas. La cocina de la mesa está cubierta con un mantel blanco de satén, con azucenas bordadas. Alrededor de la mesa hay cuatro sillas de madera y, encima de aquella, un vaso de cristal con brotes de orquídea. Orquídeas azules que compré con ocasión de la visita que esperábamos recibir más tarde aquel día..., hoy. Siempre compraba orquídeas cuando teníamos invitados.

Entonces me vuelvo hacia Mama, que está de pie a mi lado, pendiente del *shish barak* que hay en la cacerola, removiéndolo con una cuchara de madera, mientras musita una oración.

–Manténlos a salvo –susurra–. Mantén a mis hombres a salvo. Devuélvemelos hoy sanos y salvos. Protégelos de quienes les desean el mal.

Clavada en mi sitio, el corazón se me parte en dos.

Mi madre está a mi lado.

Las lágrimas se deslizan en silencio por mis mejillas, y me invade la necesidad de arrojarme a sus brazos. Quiero a mi madre conmigo. Quiero que aplaque mi tristeza y me dé besos mientras me dice *ya omri* y *te'eburenee*. «Mi vida» y «entiérrame».

Pero me limito a darle un golpecito en el brazo. Levanta la mirada con los ojos rojos, distraída, y luego sus labios dibujan una sonrisa, y me doy cuenta de que esta guerra la ha cambiado drásticamente. Su rostro, que parecía haberse quedado en los treinta y cinco, está agotado por los nervios, y las raíces de su cabello castaño oscuro son grises. Nunca se dejaba las canas, siempre tenía un aspecto arreglado y pulcro. Sus huesos sobresalen con dureza, y ahora unas sombras oscuras tiñen la piel bajo sus ojos.

–*Te'eburenee*, todo irá bien. *Insha'Allah* –susurra, rodeándome los hombros con el brazo y apretándome hacia sí–. *Entiérrame antes que yo a ti*.

Y así fue.

–Sí, Mama –consigo decir a duras penas, fundiéndome en su abrazo.

–*Aw*, *Saloomeh* –saluda Hamza al entrar con Baba desde el comedor, y casi grito. Están aquí.

Los ojos de color miel de Hamza rebosan vida y reflejan los de Baba. Los dos llevan abrigos, y la bandera de la revolución

siria sobre el hombro. Esa misma tela podría retorcerse y hacer las veces de sogas.

–¿En serio te vas a poner a llorar? –me dice.

No le pregunto a Hamza por Layla, porque sé que está en su casa, esperándolo. Pero hoy no volverá.

–Hamza, no te metas con tu hermana –dice Baba, dirigiéndose a Mama.

Ella lo abraza inmediatamente y le murmura algo al oído.

No soporto la escena, y me aparto.

–¿Os vais ya? –pregunto a Hamza con la voz quebrada.

Tengo que alzar la barbilla para mirarlo. Hacía siete meses que no lo hacía.

Me mira con una sonrisa dulce.

–La manifestación empieza después de la oración, así que tenemos que llegar pronto.

Me contengo para no soltar un gemido. Mi hermano tenía los veintidós recién cumplidos, acababa de licenciarse en la Facultad de Medicina y hacía nada que había solicitado la residencia en el Hospital Zaytouna. No sabía que iba a ser padre. De haberlo sabido, ¿habría evitado asistir a las protestas?

–No..., no vayas –balbuceo.

Quizá esta alucinación pueda acabar bien. A lo mejor soy capaz de cambiar las cosas.

–Por favor, Hamza, Baba, no vayáis. ¡No vayáis hoy!

Mi hermano me sonrío.

–Dices lo mismo todos los días.

Lo agarro con fuerza del brazo, y mis ojos memorizan su barba incipiente y el hoyuelo que asoma en una de sus mejillas cuando sonrío. Este es el último recuerdo que tengo de mi hermano. Con el tiempo, los recuerdos se distorsionan, y sé que ol-

vidaré sus rasgos precisos. Olvidaré el pelo castaño con canas de Baba, y el sutil brillo de su mirada. Olvidaré que Hamza casi me saca dos cabezas y que compartimos el mismo tono de pelo castaño. Olvidaré los hoyuelos de las mejillas de Mama y su sonrisa, que ilumina el mundo. Nuestras fotos de familia están enterradas bajo los escombros de este edificio, y jamás las recuperaré.

–Ugh, Salama, ¿por qué estás tan rara? –me dice, y luego mueve la cabeza al ver que lloro, y añade, con cariño–: Te prometo que volveré.

Mis pulmones se contraen. Sé lo que va a decir a continuación. He reproducido en mi mente esta conversación en bucle hasta confundir las palabras.

–Pero si no vuelvo... –Respira hondo y se pone serio–. Salama, si no vuelvo..., cuida de Layla. Asegúrate de que ella y Mama estén bien. Asegúrate de que las tres os ponéis a salvo.

Trago saliva con fuerza.

–Ya te lo he prometido otras veces.

Cuando el pueblo salió a las calles para manifestarse por primera vez, Hamza me llevó aparte para hacerme jurar exactamente aquello. Siempre fue intuitivo. Más listo de lo que le tocaba a su edad. Cuando estaba decaída, siempre me lo notaba aunque no le dijera nada. Su corazón, que era delicado como una nube, se prestaba a ayudar a cuantos lo rodeaban. Sabía que por mucho miedo que Mama tuviera, había que sacarla de Siria aunque fuera a gritos, a rastras; y sabía que Layla se reiría si le pedía que huyera sin él. Pero yo debía asegurarme de mantener a las dos con vida. Debía poner la seguridad de mi familia por encima de todo. Sobreviviera quien sobreviviese.

–Vuelve a prometérmelo –me dice con fervor–. Porque no puedo salir a luchar con la conciencia tranquila si no tengo la

certeza de que lo harás. Necesito oírlo. –La miel de sus ojos arde en llamas.

–Te lo prometo –consigo murmurar.

En mi vida he pronunciado palabras más intensas.

Entonces, supuestamente, me alborota el pelo antes de salir con Baba... para no regresar jamás.

Pero no lo hace.

En esta ocasión me coge por los hombros.

–¿Lo has hecho?

–¿El qué? –titubeo.

Veo un fuego enfurecido en su mirada.

–Después de que los militares nos apresaran a Baba y a mí, ¿te llevaste a Mama de aquí? ¿Salvaste a Layla? ¿O echaste a perder sus vidas?

Mi cuerpo entero tiembla.

–Salama, ¿me has mentido? –Su gesto es agónico.

Me echo atrás con la mano sobre el pecho.

–¿Has dejado morir a Mama? –me pregunta, subiendo el tono.

Mama y Baba están de pie a su lado; un hilo de sangre cae de la sien derecha de Mama. Cae al mismo suelo de cerámica que limpiaba todos los días. Cada gota es como una puñalada en el corazón.

–Lo siento –le ruego–. Por favor. ¡Perdóname!

–¿Que te perdone? –dice Baba frunciendo el ceño–. Has dejado morir a tu madre. Y ahora estás dejando morir a Layla. Y ¿para qué?

–Puede que Mama te perdone –dice Hamza–. Pero yo no. Si Layla sufre por culpa de las decisiones que tomes, Salama, jamás te lo perdonaré.

Me desplomo en el suelo llorando.

–Lo siento. Lo siento.

–No es suficiente –dicen a la vez.

El suelo tiembla. Una enredadera se enrosca en mis tobillos y me arrastra bajo las baldosas. La cocina y la casa se desmoronan y me precipito, gritando, al tenebroso abismo. Me desplomo de espaldas sobre una losa de piedra, y me cuesta horrores coger aire. Cuando abro los ojos, el humo de un edificio en llamas cubre el cielo.

Me falta el oxígeno, toso y me levanto temblando. Ante mí se alza el edificio de siete plantas que fue mi hogar. En el balcón de la sexta hay ropa colgada, y en el de abajo, exhibida con orgullo en la barandilla, la bandera de la revolución siria. Ondeada al viento como si fuera a desprenderse. Pero Hamza la ató bien a cada lado para asegurarse de que no saliera volando. Y después de que él y Baba fueron detenidos, Mama se resistió a descolgarla.

El aire a mi alrededor está muy quieto. Sé dónde estoy sin necesidad de preguntarlo. Khawf me ha arrastrado una semana hacia el futuro, hasta uno de los peores días de mi vida.

Mama.

–No –gimo–. No.

–No puedes salvarla. –Khawf está de pie a poco más de un metro de mí–. Ya está muerta.

Mi edificio está a unos diez metros de allí. Puedo llegar. Puedo salvarla.

–¡Mama! –grito, corriendo hacia ella–. ¡Sal de ahí! ¡Sal, que vienen los aviones!

Pero es demasiado tarde; son más rápidos que mi voz, y a las bombas les da igual que dentro haya personas inocentes.

El agudo zumbido retumba en mis oídos al tiempo que arrasa el edificio en fragmentos ensangrentados. La réplica de la explosión no me arrastra. Destruye por completo el edificio, y yo estoy de pie, ante el cuerpo mutilado de Mama. No llevaba puesto el hiyab; su pelo marrón está cubierto de polvo y tierra, y dobla la cabeza en un ángulo extraño. Y sangre. Mis pies descalzos están cubiertos de sangre. Su penetrante olor metálico me produce arcadas.

Lloro, me dejo caer sobre las rodillas, abrazo con fuerza su cuerpo, acercándolo hacia el mío, con vida. Las manos me tiemblan de forma descontrolada mientras trato de apartar el pelo que se le ha pegado a las mejillas, pero solo consigo embadurnarla con su propia sangre, que me salpica la boca.

—¡Mama! ¡Dios mío, otra vez no! ¡Otra vez no!

Me mira fijamente con ojos brillantes.

—¿Por qué no me has salvado? —me susurra con la mirada vacía—. ¿Por qué?

—Perdóname —sollozo—. ¡Por favor, por favor, perdóname!

Mis lágrimas caen sobre su rostro inmóvil, mis labios le suplican que vuelva, y la abrazo. Pese a estar las dos empapadas de sangre, Mama huele igual que siempre.

—Se ha ido —me dice Khawf desde atrás—. Mira, estás ahí.

Miro hacia donde señala. Entre los escombros y la neblina humeante que ha dejado la bomba está mi yo del pasado. Todavía tiene las mejillas llenas, y sus ojos empiezan a asimilar un dolor que la acompañará para siempre. Solo tiene diecisiete años y acaba de asistir a apenas una muestra de lo que significa el auténtico horror. Tose, con el hiyab rasgado, intenta arrastrarse hacia el cadáver de Mama, pero le fallan las fuerzas y cae al suelo, inconsciente.

La rabia y la tristeza se entrelazan en mi corazón, se aferran a mis malogrados huesos.

–Ya basta –pido con un resuello–. Quiero volver.

Khawf se agacha a mi lado, me limpia una mancha de sangre de la mejilla y sonrío. A su alrededor no hay escombros; su ropa está intacta. Pero las manchas rojas de los hombros de su chaqueta son más grandes, y no sé si es que me lo imagino, pero parecen extenderse hasta las solapas.

Chasquea los dedos y vuelvo a estar en mi cama, sin rastro de sangre ni hollín. Parpadeo y me miro las manos agrietadas, llenas de cicatrices, que tiemblan por la repentina desaparición de Mama entre mis brazos. Las lágrimas que todavía mojan mi rostro son la única prueba de que lo he vivido.

Khawf respira hondo, con satisfacción en cada rasgo de su rostro céreo, y se retira a la ventana.

–Si sigues empeñada, la siguiente será Layla. –Saca otro cigarrillo–. Ya has roto la mitad de tu promesa. ¿Quieres que su muerte sea tu perdición?

Mi cuerpo me traiciona echándose a temblar, y me agarro a la manta raída para disimularlo.

Exhala una oscura nube gris de humo que desciende en volutas hasta el suelo deteriorado para luego desvanecerse.

–Cada día se te mueren más pacientes. Y cada uno es un remordimiento más en tu conciencia. Si te quedas, todo esto acabará contigo aunque Layla sobreviva.

–Vete –lloriqueo, odiando a mi mente por hacerme esto.

–No me gusta que me tomen el pelo, Salama –murmura–. Dame lo que te pido y puede que así te deje en paz.

Tengo la lengua seca, y las heridas con forma de media luna que me he hecho al clavarme las uñas en las palmas de las ma-

nos empiezan a dolerme. Pero, en vez de contestarle, le doy la espalda. Noto como si el cerebro fuera a estallarme dentro del cráneo. Clavo los ojos en el cajón cerrado de la mesita de noche, donde guardo mi reserva secreta de comprimidos de paracetamol. Llevo acumulándolos desde julio para el parto de Layla y, por un instante, me planteo tomarme uno. Pero decido no hacerlo. No sé si tendremos acceso a medicamentos allí donde estamos cuando llegue el momento.

–Jazmín. Jazmín. Jazmín... –susurro una y otra vez hasta que consigo olerlo como solía hacer cuando Mama me tomaba en brazos.